



# Fotos para el recuerdo...

Restos de un pueblo olvidado.

Por Rosa María Forns

Cuando leí en la última revista el reportaje sobre las neveras en los pueblos serranos, vinieron a mi memoria las frías tardes de los pocos inviernos que pasé en Villanueva.

Nunca oí mencionar ese tema, pero recordé perfectamente que a la salida de la escuela, mi hermana, Arturo y yo nos reuníamos a escuchar las viejas historias que nos contaba la tía Irene, mientras merendábamos pan y chocolate, con la tonta ilusión de conseguir el cromó en el que Edmundo Hillary culminaba su ascensión al Everest y que nos permitiría acabar el álbum inacabable, a cambio del cual nos regalarían una muñeca o un balón.

Sentada en su sillita baja, junto a la lumbre, casi siempre con un gato sobre el halda, con las manos cruzadas y girando lentamente sus dedos pulgares sobre sí mismos, llevando el ritmo lento y misterioso de la narración, la tía nos mantenía embobados, reviviendo las noches de invierno en que el bisabuelo Braulio, que era veterinario, había sido llamado con urgencia a visitar algún animal enfermo en otro pueblo... y volvía, ya de noche oscura, montado en su caballo alazán..., envuelto en su capa... completamente embozado y, a pesar de todo, con el bigote y la barba tan helados que se podían coger los carámbanos que se le habían formado con el aliento...; o aquellas otras en las que el aire nevador hacía sonar las candongos (1) sobre la chimenea.... Nunca supe lo que eran, pero resultaban verdaderamente amenazadoras, tableteando en la oscuridad sobre la casa, acompañando el ulular del viento, que anunciaba nieve.

Sin embargo nunca fue una de sus preferidas la que ahora me parece a mí más interesante. Hacía bastante tiempo que un criado estaba arando uno de los huertos del barrio alto, por encima de la casa que le vendimos a Luisito cuando descubrió un esqueleto, con aspecto muy antiguo (¿quién sabe lo que quiere decir eso?), que se desintegró al contacto con el aire, por lo que no hubo posibilidad de estudiarlo. Además, en esa época, tampoco era normal investigar un muerto que no estuviera relacionado con algún asesinato reciente y claramente ese no era el caso, por lo que se comentó y pasó a ser tema olvidado.

Muchos años más tarde, mi tía Mari me enseñó una cruz a la que tenía cariño porque se la habían regalado hacía mucho tiempo. La encontró en la misma zona el hermano de la Margarita, la mujer del Portu. No es ni mucho menos una joya llamativa, al contrario, no es de oro ni plata y es más bien fea, pero ella había consultado en alguna joyería y creo que le dijeron que era posiblemente visigótica. Aunque no recuerdo bien la época, desde luego era lo que se puede considerar antigua.

Animo desde aquí a aprovechar los enormes medios que tenemos en la actualidad para investigar, ya que probablemente existan más restos o más historias que puedan llevarnos a encontrarnos, sin demasiada dificultad, con una parte de nuestro pasado, hasta ahora desconocido, si dedicamos parte de nuestras posibilidades a este asunto.



(1) Hoy he buscado en el diccionario y he encontrado esta acepción bastante adecuada, supongo: *El candonga*-diablo (príncipe de los ángeles rebeldes)